



Una Nochevieja de hace 75 años

● Miguel de Unamuno falleció en Salamanca el 31 de diciembre de 1936, ochenta días después del incidente con Millán Astray en la Universidad

● El pensador tenía 72 años, estaba jubilado de la actividad docente y había sido destituido como rector vitalicio de la institución académica

J. Morán

Unamuno fallece el 31 de diciembre de 1936, hace hoy 75 años, pero desde 80 días antes ya era el «prisionero de Salamanca», como lo describen Collete y Jean-Claude Rabaté en su estudio «Miguel de Unamuno, biografía», publicado en 2009 y que ha ordenado y sistematizado los conocimientos sobre el eminente intelectual y catedrático salmantino. Lo que en aquellas fechas había hecho de Unamuno un prisionero en su domicilio de la calle Bordadores eran los sucesos del anterior 12 de octubre de 1936, fiesta anual de la Raza y aniversario del Descubrimiento de América.

En esa jornada, durante un acto en la Universidad de Salamanca, de la que Unamuno era Rector vitalicio, el general de la Legión, José Millán-Astray, le gritará: «¡Muera la intelectualidad traidora!», después de que aquel censurara las críticas contra vascos y catalanes vertidas por los oradores invitados. Unamuno exclamará a su vez que: «Vencer no es convencer», y abandonará el Aula Magna salmantina parapetado y del brazo de Carmen Polo, esposa de Franco.

Sin embargo, antes de aquellos sucesos, Unamuno había dado muestra de su apoyo a la sublevación de los militares nacionales del 18 de julio, concretamente con la entrega a su causa de 5.000 pesetas, equivalente a seis meses de sueldo de un catedrático. El viejo profesor, de 72 años, cobraba en aquel momento su pensión de jubilado más 161,67 pesetas como Rector vitalicio, precisas los Rabaté. Ese gesto, además de sus críticas a la «anarquía» creada en España por la República, se sumaron a unas declaraciones al periodista norteamericano Knickerbocker en las que Unamuno afirmaba que «Azaña debería suicidarse como acto patriótico».

A los pocos días, el 22 de agosto, un decreto del Gobierno de la República firmado por el propio presidente Azaña, determina su destitución del cargo de Rector vitalicio. Sin embargo, el Gobierno de Burgos, el de los sublevados, lo restituye en esa responsabilidad el siguiente 1 de septiembre. Burgos era la sede de la nueva Junta Técnica de los nacionales y Salamanca el cuartel general de Franco.

Con estos preámbulos y el conocimiento por parte de Unamuno de la ejecución de viejos amigos republicanos a manos de falangistas, llega el acto del 12 de octubre.

Lo preside Unamuno en representación de Franco. Según Eugenio Vegas Latapié, que ofreció años después el relato más ajustado de los sucesos, Carmen Polo llega inesperadamente y se modifica la mesa presidencial, de modo que ella se sienta a la derecha del Rector, con lo que

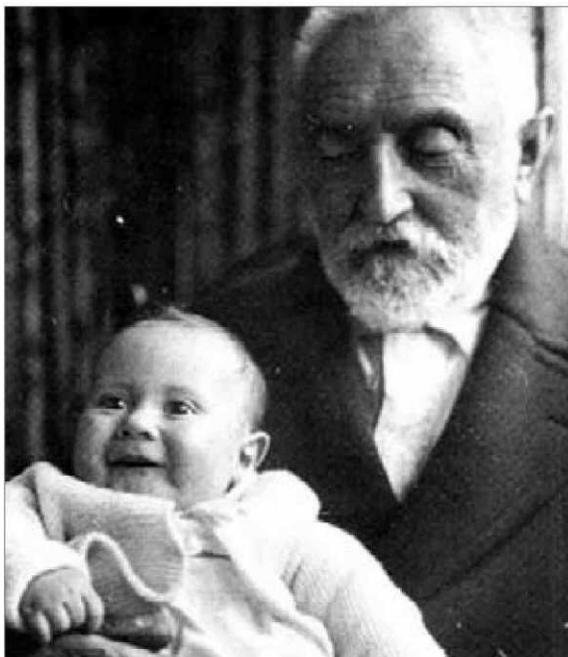


Unamuno, en el centro, a la salida de la Universidad de Salamanca tras ser increpado por Millán Astray.

Millán-Astray quedó relegado al lado del arzobispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, sentado a su vez a la izquierda de Unamuno.

Vegas Latapié, presente en el acto, era jefe de Propaganda de la Junta Técnica y dirigente de Acción Española, un grupo de intelectuales de la derecha alfonsina. Con el paso de los años mostró decepción hacia el franquismo y sale de España para incorporarse a la secretaría política de Juan de Borbón, en Lausana y Estoril. En 1948 será profesor en Friburgo del hijo de don Juan, futuro Rey Juan Carlos I. Publicó varios libros, como «Caminos del desengaño: memorias políticas 1936-1938».

Según Latapié, antes del acto de aquel día Unamuno le había dicho a su vicerrector, Esteban Madruga, que no quería hablar, «que me conozco cuando se me desata la lengua». El Rector lleva en su bolsillo una carta de la mujer de Atilano Cocco, pastor de la Iglesia Reformada Española Episcopal, un protestante que ha sido detenido y por el que Unamuno pretende interceder, según relatan en su libro los Rabaté (Cocco será fusilado al cabo de un mes). El turno de los oradores se inicia con José María Ramos Loscertales, decano de Filosofía y Letras; le siguen el dominico Beltrán de Heredia, historiador; y Francisco Maldonado de Guevara, catedrático de Literatura. Este último habla de «cáncer del separatismo español» y utiliza la expresión «cruzada nacional» para referirse al alzamiento del 18 de julio. Dicha expresión había sido acuñada durante el verano por el obispo Pla y Deniel, en sus cartas pastorales.



Unamuno sostiene en brazos a su nieto mayor, Miguel Quiroga Unamuno.

A Unamuno se le nota nervioso; saca el citado sobre y escribe en él notas para una intervención en la pasada previamente. «Vencer y convencer» es una de las anotaciones. Toma la palabra el poeta José María Pemán y endulza la acritud precedente: «Hagamos en cada pecho un alcázar de Toledo».

Finalmente, Unamuno decide tomar la palabra e improvisa incluso

con respecto a sus notas manuscritas. Habla de «la fuerza y brutalidad de las masas populares en las dos zonas: en una, las mujeres se ensañan matando; en la otra, acuden a ver matar», relata Vegas Latapié, quien agrega que Unamuno también cita al poeta filipino José Rizal, héroe de la independencia de Filipinas, muerto por «la brutalidad incivil de los militares». Pero Rizal había lu-

chado contra España, y ante aquel auditorio de falangistas y españolistas, la mención del poeta es la que hace estallar el acto. Astray, que en Filipinas había luchado de joven contra Rizal, pide a voces intervenir: «¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?», pero el Rector no le concede la palabra. El mutilado general grita entonces: «¡Muera la intelectualidad traidora!», según Latapié. Una ovación atronadora no permite escuchar el resto de la proclama del general. Hay insultos, amenazas e, incluso, se oye el sonido característico de las armas cuando se montan. Vegas está cerca de Millán Astray y asegura que no lanzó el «¡Viva la muerte!» ni otras consignas de la Legión. Crece la tensión en el Aula Magna y, tras momentos de incertidumbre, Astray le dice al rector: «¡Unamuno, dé el brazo a la señora del jefe del Estado».

Según otras versiones, el Rector había rematado su intervención diciendo: «¡Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote! Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, pero no convenceréis...». Finaliza con un: «¡He dicho!», y el tumulto, que había sido constante, estalla definitivamente.

Entre jóvenes que levantan el brazo con el saludo fascista, Unamuno, parapetado por Carmen Polo, abandona el recinto de la Universidad de Salamanca. «Si no meten en la cárcel al viejo Rector es por temor a las repercusiones internacionales de tal acto», reflexionan los Rabaté en su libro, que también narra cómo esa tarde Unamuno acude al Casino de Salamanca y es recibido con los gritos de «¡rojo!» y «¡traidor!». Al día siguiente, el 13 de octubre, el Ayuntamiento determina su cese como concejal y Alcalde honorario y el 14, el claustro de la Universidad solicita su destitución como Rector vitalicio, trámite que se cumple al cabo de unos días.

«Me destituye Madrid, me destituye Burgos, y luego me destituyen mis compañeros», escribe Unamuno en uno de sus cuadernos. El pensador se mete entonces en su particular «recojimiento». Una vez más, «no se fía ni de los hunos ni de los hotros», sentencian los Rabaté. En su casa de la calle Bordadores, será su familia la que mitigue sus penas, y particularmente su nieto Miguelín, al que enseña papiroflexia y a dibujar. Este nieto es Miguel Quiroga Unamuno (1929-2000), futuro médico que se afincará en 1961 en Gijón, donde hoy viven un biznieto de Unamuno, el también médico José María Quiroga Ruiz y una tataranieta, Laura Quiroga Fernández.

Unamuno murió en la Nochevieja de 1936 y, paradójicamente, su féretro fue llevado a hombros por falangistas.